

Collage.
2003 Diego Mazuera.

NATURALEZA, CULTURA, ECONOMÍA Y POLÍTICA¹

GUSTAVO ADOLFO QUESADA VANEGAS

(...) es imposible concebir la unidad compleja de lo humano por medio del pensamiento disyuntivo que considera nuestra humanidad de manera insular por fuera del cosmos que lo rodea, de la materia física

y del espíritu del cual estamos constituidos, tampoco por medio del pensamiento reductor que limita la unidad humana a un substrato puramente bio-anatómico (Morin, 50).

RESUMEN

Los seres humanos son los únicos seres que habitan la cultura, la noosfera; ésta contextualiza todas las tendencias nacidas de la condición natural del hombre, las inhibe o las suplanta por conductas culturales. Todas las culturas son incompletas; el ser humano ha tenido múltiples culturas, unas particularistas y otras universalistas que han sido igualmente excluyentes; toda cultura es producto de una hegemonía que construye máquinas sociales para forjar disciplina. La actual hegemonía se apoya en un Estado y en un gobierno global (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional, los siete grandes y las multinacionales). Para el futuro se puede prever que la hegemonía, ahora global del capitalismo neoliberal, no necesitará reprimir sino implementar una educación que sigue exclusivamente el modelo empresarial. La precisión pedagógica de los ingenieros de conducta y la sutileza de los medios masivos de comunicación, logrará, por la persuasión y la seducción, lo que antes se lograba con la represión y la Inquisición. La extensión a todos los niveles de la defensa del sujeto, la democratización de la vida en todos los espacios, incluida la escuela, la información y la comunicación, la defensa de la diversidad cultural y la universalización de los derechos humanos, son las únicas medidas preventivas para mantener la diversidad y para proteger al hombre del unanimismo hegemónico.

ABSTRACT

Humans are the only beings who live in the culture, the noosphere; the culture recontextualizes all trends arising from man natural condition, inhibits or replaces them with cultural conducts. All cultures are incomplete; mankind has gone through multiple cultures, some unitarians and others universalists which have also been exclusive; every culture results from an hegemony that builds disciplinarian social machines. Present hegemony is supported by the State and by global government (World Bank, International Monetary Fund, the Big Seven and multinational companies). Something that can be anticipated is that the now global hegemony of the neo-liberal capitalism, will have no need to control in the future; instead, an education that exclusively follows the corporate model, the pedagogical accuracy of conduct engineers and the subtleties of mass communication media, will attain, through persuasion and seduction, what was formerly obtained through repression and inquisition. The extension of individual defense to all levels, the democratization of life in all niches - including school, information and communication, the defense of cultural diversity and universalization of human rights are the only preventive measures to keep diversity and to protect man from hegemonic unitarism.

1 El presente texto es el capítulo primero del libro: *América del sur, problemas de su identidad y su cultura y de su promisorio o deleznable porvenir en el mundo global*. (Libro en proceso).

INTRODUCCIÓN

Comencemos por reconocer que, como seres humanos, somos un compuesto físico-químico, lo que nos identifica con toda la materialidad del universo; aceptemos que somos seres biológicos, que somos cuerpo, carne, lo que nos liga con todos los seres vivos; pero, además, que en la historia de los homínidos, constituimos la especie más desarrollada, la que heredó el paleocéfaló del reptil, fuente de los impulsos primarios, de la agresividad y la sexualidad, el mesocéfaló del mamífero, raíz y depósito de los sentimientos, de las emociones y la memoria, y la que desarrolló el reducido córtex de éstos hasta convertirlo en el neocórtex, instrumento del pensamiento y de los procesos psicológicos superiores (Morin, 2000, 55). No es nuestro objeto definir el porqué de esta evolución. Doctores hay de la ley. Lo que nos interesa señalar, siguiendo a Morin, es que constituimos un organismo biológico complejo que articula toda la filogénesis y la hace expresa, transformada por la cultura, en el mundo histórico y social.

Padecemos todas las contingencias de la materia y de la vida. Gran parte de nuestras apetencias y necesidades están determinadas filogenéticamente por una herencia que, en lo inmediato, tiene más de 160.000 años (*homo sapiens sapiens*) y en lo mediato (historia de los homínidos y proceso de humanización) posiblemente tres o cuatro millones. El surgimiento del neocórtex hizo posibles el lenguaje articulado, el trabajo, el juego, el arte y la vida social, en procesos estudiados cuidadosamente por Vygotski (Vygotski, 39-56). El ser humano en su varias veces milenaria historia y apoyado en su cerebro desarrolló la vida social y la cultura, un conjunto

de signos socialmente aceptados que son transmitidos y aprendidos. La incorporación mental de estos signos culturales le da nuevo contenido a la condición humana, a las estructuras sensomotoras, la sensibilidad, la percepción, los sentimientos y las emociones, los procesos cognoscitivos, el pensamiento, la memoria, las valoraciones y la voluntad.

Desde la primera infancia, los signos culturales (cosmovisión, valores, ritualidades, conceptos, lenguajes, actuaciones) son transmitidos espontánea y formalmente (escolaridad, vida familiar y social, medios de comunicación) a las nuevas generaciones, y moldean el órgano de los procesos psicológicos superiores y el pensamiento: el cerebro, fundando una conducta. Si bien en algunas especies animales hay procesos de aprendizaje y socialización, en la única que son constantes es en la especie humana. De ahí que sea la única que tiene conducta. En los demás seres su actuación es fundamentalmente instintiva. El hombre rige sus actos por los valores impresos socialmente en su cerebro. Entendemos por conducta la actuación dirigida por valores, por signos culturales. No podemos mecánicamente confundir conducta con razón, aunque puedan existir conductas racionales. Los actos de los hombres pueden estar originados en sus impulsos básicos, en sus sentimientos y emociones, en sus pasiones, en sus intereses; pueden ser actos de poder, egoístas o altruistas; pueden tener propósitos productivos en sentido económico, o políticos, artísticos o religiosos; pueden circunscribirse a un espacio estrecho o al universo mundo. Pero siempre en ellos está presente el peso de lo cultural, de los signos culturales, de las tramas de significación. Es decir,

son actos de conducta. Esto no significa que las estructuras filogenéticas desaparezcan: permanecen, aunque son reguladas por la cultura, moldeadas por ella, complejizadas en ella, cuando no, reprimidas casi hasta su extinción u ocultadas por la impronta cultural. La larga disputa entre naturalistas y culturalistas no tiene razón de ser. La cultura es el nivel supra orgánico producido por el homo sapiens sapiens, única especie que desarrolló el órgano biológico para crearla: el cerebro. El cerebro debe ser educado. Por sí mismo, sin la relación social, sin el aprendizaje de los signos culturales, no es más que un órgano biológico con capacidad, con potencialidad de ser, pero que no es. Es en la interacción social, en la lucha por la sobrevivencia, en la lucha por las apetencias y el despliegue de los intereses y capacidades individuales y sociales, cuando el cerebro y en su conjunto el hombre mismo, al construir signos y tejido social, desde sus funciones psicológicas primarias hasta las complejas, adquieren contenido.

Somos resultado del cosmos, de la naturaleza, de la vida, pero debido a nuestra humanidad misma, a nues-

RESEÑA AUTOR:

Bogotá, historiador, Magíster en filosofía, poeta, narrador, ensayista, periodista cultural y profesor universitario. Ha publicado tres libros de poesía, ensayos y libros históricos, filosóficos, culturales y pedagógicos; está preparando un compendio de sus ensayos para el trabajo con sus alumnos y un libro de narrativa. Se ha desempeñado como docente universitario de pregrado, en el área de humanidades, durante treinta años y como docente de postgrado en los últimos diez. En el Politécnico Granacolombiano ha tenido bajo su responsabilidad las cátedras de Humanidades y de Pensamiento Contemporáneo en la Facultad de Comunicación Social-Periodismo y actualmente adelanta una investigación titulada: "El currículo oculto de la Reforma de la Educación Superior en Colombia".

tra cultura, a nuestra mente, a nuestra conciencia, nos hemos vuelto extraños a este cosmos que nos es secretamente íntimo. Nuestro pensamiento y nuestra conciencia, los cuales nos hacen conocer este mundo físico, nos alejan otro tanto. El hecho mismo de considerar racional y científicamente el universo nos separa también de él. Nos hemos desarrollado más allá del mundo físico y viviente. Es en este más allá donde opera la humanidad en pleno. (Morin, 54).

1.1 LA NOOSFERA

Como resultado de la cultura, el hombre habita una esfera diferente de la terrenalidad, distinta de las demás especies animales y a la que las incorpora: la noosfera², consistente en un mundo humano, construido por él mismo, de acuerdo con su propia condición. Desde las comunidades primitivas y hasta el día de hoy, en medio de rupturas, quiebres y continuidades, el hombre ha construido el mundo que habita. En poema habita el hombre, decía el poeta Holderlin. Y lo ha poblado de palabras, de ritos y ceremonias, de patrones de conducta, de saberes, de utensilios, de futuro, de sueños y de cosas, de la más variada condición y naturaleza. Lo que no implica que desterrados del mundo natural lo hayamos realmente abandonado. Por el contrario, construimos una nueva naturaleza que contiene toda la naturaleza anterior y cada una de sus fases.

Somos seres materiales, biológicos, con una conducta sustentada en valores, es decir, en una cultura que regula, moldea, reprime, niega, oculta y se superpone a lo biológico.

2 Nooestera: conjunto de los seres inteligentes con el medio en que viven. DRAE, 1997.

La cultura es, pues, propia del hombre y *mediadora* de todas sus manifestaciones, y si quizá sea excesivo decir que la cultura es coextensiva a la realidad del hombre, lo que sin duda resulta adecuado es afirmar que la realidad de la cultura es coextensiva a la realidad social: cada sociedad tiene su cultura, cada cultura responde a una sociedad. No hay, pues, hombre sin cultura –la cultura es constituyente de lo *humano*–; ni cultura sin hombres. Ésta solo existe en tanto hay hombres con una existencia social –enunciado redundante, pues, no se puede ser *humano* de otra manera–, a lo que cabe añadir también que la sociedad, cada sociedad, no es sino un conjunto de individuos, una población, cuyo modo de vida se halla culturalmente determinado, por un conjunto de instituciones, prácticas y creencias compartidas (Pérez Tapias, 20).

Instituciones, prácticas y creencias compartidas (Pérez Tapias), signos culturales (Vygotski), tramas de significación (Clifford Geertz), son definiciones que, aunque diferentes, podemos aceptar sin mucha dificultad y sin mucha discusión. Todas aluden a ese hecho nuevo, la cultura, generado por el hombre y construido sobre lo natural que articula toda la vida humana. Podemos colocar un interrogante y unos puntos suspensivos a la idea de *determinación cultural*, puesto que la misma historia nos ha demostrado lo débiles que han sido, a la hora de los hechos, las determinaciones que conceptualmente hemos querido agregarle al hombre, a su vida y a su historia, ya sea la geográfica, la racial, la religiosa, la económica o la filosófica. Esta síntesis superior entre lo filogenético y lo cons-

truido, en el contexto de la vida social, que da la definición de lo humano, es, a su vez, la producción de lo propiamente humano que se objetiva frente a la naturaleza, subjetivándola, humanizándola, lo que significa que le da la condición de aparato inorgánico del hombre, prolongación de su propia corporeidad.

La vida genérica, tanto en el hombre como en el animal, ante todo consiste, desde el punto de vista físico, en el hecho de que el hombre (como el animal) vive de la naturaleza inorgánica, y cuanto más universal es el hombre con relación al animal, más universal es el campo de la naturaleza inorgánica de que vive. Así, como las plantas, los animales, las piedras, el aire, la luz, etc., constituyen desde el punto de vista teórico, una parte de la conciencia humana, ya como objetos de las ciencias de la naturaleza, ya como objetos del arte –porque constituyen su naturaleza intelectual inorgánica, porque son medios de subsistencia intelectual que el hombre debe ante todo preparar para disfrutarlos y digerirlos–, así también constituyen desde el punto de vista práctico, una parte de la vida humana y de la actividad humana. Físicamente el hombre sólo vive de los productos naturales, que se presentan en forma de alimentos, de abrigo, de vestidos, de alojamiento, etc. La universalidad del hombre aparece precisamente en la práctica de la universalidad que hace de toda la naturaleza su cuerpo inorgánico, tanto en la medida en que es, primeramente, un medio inmediato de subsistencia como en la medida en que es, (subsidiariamente), la materia, el

objeto y la herramienta de su actividad vital. La naturaleza, es decir, la naturaleza que no es en sí misma el cuerpo humano, es el cuerpo inorgánico del hombre. El hombre vive de la naturaleza: significa que la naturaleza es su *cuerpo*, con el que debe mantener un proceso constante para no morir. Decir que la vida física e intelectual del hombre está indisolublemente ligada a la naturaleza no significa nada más que la naturaleza está indisolublemente ligada a sí misma, porque el hombre es una parte de la naturaleza (Marx, 1977, 106).

La cultura, la noosfera, es pues, no sólo la casa de habitación humana, sino que además se extiende a toda la naturaleza, la humaniza: “En su aspecto más esencial, este concepto (cultura, G.Q) designa el proceso íntegro de humanización de la naturaleza y autoproducción del hombre” (Plá, 7). El hombre en su proceso de vida se autoproduce como ser cultural, en lo individual y lo social, construye un determinado tejido social, una serie de aparatos que le permiten el ejercicio del dominio y el poder sobre los otros y la naturaleza, y, a la vez, le quita a la naturaleza su estado natural y la humaniza. La relación hombre-naturaleza-cultura y su resultado: la noosfera, han estado presentes desde los comienzos de la humanidad, aunque su contenido específico, la forma particular que adopte, es diferente en cada momento de la historia y para cada sociedad. Solamente en el mundo global tiende a uniformarse. Por supuesto, es evidente, así neguemos una teleología de la historia, que la noosfera lleva un crecimiento continuo, desde las hordas a la sociedad del conocimiento y la

información, lo que nos permite concluir que el peso de cada uno de estos factores es variable, según retrocedamos o avancemos en el tiempo. En las comunidades primarias pesaba más lo biológico-natural y en el hombre de la sociedad del conocimiento y de la información, el peso de lo cultural ha aumentado enormemente. Lo virtual no es sino una fase en ese proceso permanente que se inició con la lasca pulimentada y la palabra. Sin embargo, lo cultural no ha podido cambiar todavía, la condición biológica del hombre. Su peso es aún tan débil, que en situaciones de crisis: el hambre, la guerra, la enfermedad, las calamidades naturales o en procesos de transición social violentos, acelerados y complejos, el tejido social, sustentado en la cultura, es arrasado y reaparece la fiera, armada de su garrote y guiada por los impulsos básicos.

El hambre, la guerra, la enfermedad, las calamidades naturales o en procesos de transición social violentos, acelerados y complejos, el tejido social, sustentado en la cultura, es arrasado y reaparece la fiera, armada de su garrote y guiada por los impulsos básicos.

1.2 CULTURA Y PLURALIDAD

La anterior conceptualización nos ayuda a precisar, examinando la condición humana, que todos los hombres producen, distribuyen y consumen cultura, que las culturas no son eternas, que nacen, se modifican y mezclan, que son comunicables y enseñables y que pueden desaparecer en el tiempo. ¿Cuántas culturas de la antigüedad humana desaparecieron dejando apenas rastros de su arquitectura y su arte, desde los cuales tratamos de leerlas? La arqueología ha generado métodos de lectura de las sociedades extintas que nos dejan pasmados. Pero apenas nos aproximamos a ellas. Es muy difícil decir, para alguna de ellas, cómo amaron y odiaron los hombres, cómo se relacionaban unos con otros, cómo se miraban y tocaban, cómo se comportaban frente a lo sagrado,

cómo hablaban a sus hijos y qué pensaban a la hora de la muerte.

No hay culturas superiores o inferiores: hay culturas. Su jerarquización depende del lugar desde donde las valoremos, de la pregunta que les hagamos. Si lo que queremos es valorarlas desde la disponibilidad para el desarrollo científico, técnico y productivo, una será la jerarquía; si nos interesa su relación con lo sagrado, otra; si lo que preguntamos es la capacidad de vivir en Estado, otra, y así sucesivamente. ¿No hemos llegado, acaso, hoy, cuando lo ecológico se ha convertido en un problema global, al descubrimiento de que las culturas prehispánicas de América del Sur fueron amigas de la naturaleza y construyeron tecnologías no contaminantes, no destructivas?

No hay ninguna cultura que se pueda atribuir la perfecta representación de lo humano, sin olvidar que todas se lo han atribuido. Si los griegos, los romanos y el cristianismo tuvieron sus bárbaros, también los tuvieron los aztecas, los incas y los chibchas. Popolocas llamaban los aztecas a los pueblos que no hablaban su lengua. Y el inca Garcilaso de la Vega pensaba, y así lo escribió, que la obra civilizadora de España la habían iniciado ellos varios siglos antes. España culminaba con los bárbaros andinos la obra de civilización y humanización que ellos habían comenzado. Boaventura de Souza Santos nos recuerda que todas las culturas son incompletas. Por ello propone una “hermenéutica diatópica” (plena comprensión e interpretación de la otra cultura, resaltamiento de sus valores y diálogo con la nuestra), que permitiría comprender los elementos de dignidad humana insertos en cualquier cultura y dialogar con ellos, pues

aun los derechos humanos son incompletos (Boaventura,3).

Los aportes de los teóricos de la cultura nos han permitido conceptualizar la diversidad humana, aceptarla e instrumentar herramientas sociales para permitirle y hacerla respetar, y aunque actualmente debemos afirmar que el esfuerzo teórico, humanista y político en su defensa no brinda todavía muchos resultados prácticos, esta diversidad ya está reconocida en los derechos humanos. Otra cosa es la vida real. Sin embargo el progreso, en este sentido es lento y continuo.

1.3 UNIVERSALISMO Y PARTICULARISMO

Los conceptos de Edgar Morin son esclarecedores:

Aquellos que ven la diversidad de las culturas tienden a minimizar u ocultar la unidad humana; aquellos que ven la unidad humana tienden a considerar como secundaria la diversidad de las culturas. Es pertinente, en cambio, concebir una unidad que asegure y favorezca la diversidad, una diversidad que se inscriba en una unidad.

(...) La cultura mantiene la identidad humana en lo que tiene de específico; las culturas mantienen las identidades sociales en lo que ellas tienen de específico (Morin, 2000, 59).

Tenemos, entonces, culturas que se encierran en sí mismas o que pretenden hacerlo, no reconociéndole a las restantes ningún rasgo de humanidad ni atribuyéndose la tarea de humanizarlas. Pero también tenemos culturas universalistas, que han reconocido la común humanidad de todos los hombres y que se atribuyen igualmente el derecho a una actitud ecumé-

nica, evangelizadora o aculturadora. Tales son los casos del cristianismo, el racionalismo ilustrado y el socialismo marxista en Occidente.

El cristianismo reconoció que todos los seres humanos eran iguales, pues todos los hombres eran hijos de Dios y formaban parte del cuerpo místico de Cristo. El racionalismo conceptuó a todos los hombres como sujetos de razón y enlazados por el común destino histórico que los conducía hacia la libertad, la autonomía, la razón y el progreso. El socialismo marxista, de igual manera, comprendió toda la historia en un proceso único, en el que la clase obrera liberaría, como sujeto histórico, a todos los hombres de la explotación y la miseria, haciendo posibles, en el comunismo, todas las promesas de la Ilustración.

Con el desarrollo histórico, el cristianismo, convertido en poder hegemónico en Europa, terminó exterminando a quienes dudaran de sus dogmas o cuestionaran sus ritualidades, sus doctrinas o su hegemonía. El distinto (hereje, apóstata, etc.) fue llevado a la cárcel y a la hoguera o fue silenciado o excomulgado por el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, creado en el siglo XIII para combatir la herejía de los cátaros. Igualmente, privilegió la violencia sobre los pueblos objeto de la evangelización, proscribiéndoles su cultura y coaccionándolos a asumir la suya propia. Esto lo conocimos en América. En pleno siglo XXI no hemos podido terminar de leer las culturas prehispánicas, pues gran parte de sus testimonios fueron destruidos bajo el argumento de su carácter satánico. Claro está que debemos reconocer que los primeros evangelizadores, franciscanos, dominicos y jesuitas, ejercieron una eficaz protec-

ción de los indígenas frente al conquistador y estudiaron sus culturas, dejando para la posteridad los primeros trabajos etnográficos, que se siguen estudiando por los investigadores. Pero, en términos generales, el reconocimiento de la “humanidad” del otro fue el acicate para el saqueo y la violencia.

La Ilustración, por su parte, excluyó a quienes no eran sujetos de razón. Las mujeres, los menores, los analfabetos y los trabajadores e igualmente se atribuyó el derecho de colonizar otros pueblos a nombre de la civilización, la razón y el progreso. Y aunque desarrolló la antropología, la arqueología y otras ciencias para conocer a los distintos, estableció un rígido control sobre su propia población, a través de la prensa y de la educación, y excluyó a los “anormales” en cárceles y sanatorios, mientras obligaba a “los otros” a adoptar sus modelos de vida o sucumbir (Foucault, 1998). No es extraña la lógica napoleónica que universalizaba los derechos humanos y el Código Civil, al tiempo que enviaba un ejército poderoso a aplastar a los esclavos haitianos que, siguiendo la “ley de los franceses”, luchaban por su liberación y su independencia.

El socialismo marxista, por su parte, también convertido en poder, desde 1917, proscribió toda disidencia frente al partido y a su Secretario General y frente a las políticas de construcción del socialismo. Al disidente se le trató como anormal, como loco en clínicas psiquiátricas o se le silenció y exilió. Igualmente, se atribuyó el derecho de trazar las políticas y controlar rígidamente a los países liberados del yugo nazi-fascista al término de la segunda guerra mundial. Los poderosos aparatos

En pleno siglo XXI no hemos podido terminar de leer las culturas prehispánicas, pues gran parte de sus testimonios fueron destruidos bajo el argumento de su carácter satánico.

de control del partido comunista se filtraron en la vida privada de los ciudadanos, aniquilando de antemano cualquier posibilidad de libre examen y de autonomía del pensamiento. Todo se justificó bajo la concepción de la dictadura del proletariado y la construcción del socialismo. La invasión a Budapest en 1956 y a Checoslovaquia en 1968 no son tampoco fortuitas. Así como no lo es el rompimiento ruso-chino, ni la invasión a Afganistán ni la Revolución Cultural china, realizada para erradicar toda forma de pensamiento distinto, ni la invasión china a Vietnam ni mucho menos la matanza de la plaza de Tienanmen. El universalismo se negó a sí mismo y se convirtió en máquina de dominación.

Y si quisiéramos ver, desde otro ángulo, su propio proceso de autonegación, encontraríamos que las guerras religiosas del siglo XVI no expresaban únicamente la lucha entre la modernidad naciente y la tradición; expresaban, a su vez, la quiebra de la unidad de la religión cristiana universal en Europa occidental, ya quebrada desde el siglo X por el rompimiento con la iglesia ortodoxa rusa. El luteranismo alemán, la reforma de Zwinglio en Suiza, el calvinismo holandés, el anglicanismo inglés, el galicanismo francés, el catolicismo ultramontano español, el cristianismo de universal pasaba a ser nacional. Las guerras de religión que sacudieron violentamente a Europa durante los siglos XVI y XVII, encubrían, por supuesto, las guerras por la hegemonía política y económica en el mundo entero.

La Ilustración por su parte, en el siglo XIX, también quebraba una identidad abstracta, basada en el sujeto, el ciudadano, la constitución, para pasar con el ascenso del romanticismo, a llenarse de contenido

nacional. Los nacionalismos, amparados en el espíritu nacional, en la cultura nacional, encubrían, igualmente, la guerra política y económica por las fuentes de materias primas y los mercados. Su exacerbación llegaría al culmen con la segunda guerra mundial y el totalitarismo alemán, italiano y japonés.

¿Y el socialismo marxista? Después de la segunda guerra mundial adquiere también apellidos: socialismo real en Rusia, socialismo chino, socialismo vietnamita, idea “zuche” en Corea, socialismo guevarista y martiano en Cuba. De ahí a la confrontación armada, a las invasiones, a la excomunión y a la división de los comunistas a escala universal, no había sino un solo paso. Esta historia la vivimos, fue nuestra vivencia a partir de los sesenta del siglo XX.

El universalismo se auto aniquiló por la conversión del otro, en un otro evangelizable, en un subalterno, y por el peso de los contenidos nacional-culturales, justificaciones de las pugnas por la hegemonía.

Hoy, cuando lo posmoderno aspira a convencernos de que los universales de la filosofía, de la ciencia y de la política han saltado en añicos y de que sólo restan sus propios universales: el mercado de bienes tangibles, de dinero y de símbolos, el valor de cambio y el pensamiento único (léase neoliberal), vivimos una explosión de resistencias culturales, de las civilizaciones (Huntington, 20-62), de las regiones, de las naciones y las localidades, que ven amenazado su propio modo de vida por la economía y la cultura globales. A ellos se suman las nuevas culturas, las nuevas identidades, las tribus urbanas, etc. De ahí que en nuestros días el pensamiento humanista universal afirma la pluralidad y el derecho a

la diversidad y plantea la convivencia de lo diverso desde una ética mínima (Cortina, 1996), desde la hermenéutica diatópica (De Souza Santos, 1999), desde el patriotismo constitucional (Habermas, 1989) y desde los derechos humanos.

1.4 LAS MÁQUINAS SOCIALES DE DISCIPLINAMIENTO

Vivimos en una cultura; de ella recibimos nuestras concepciones y nuestros valores. Ella nos ofrece un espacio y unas posibilidades para nuestros propósitos, nos da rasgos de identidad y parámetros de normalidad. Pero, ¿es tan ingenuo? No lo es. Toda cultura es producto, es el resultado de una hegemonía, de un ejercicio del poder (Rojas, 129-141). De los cazadores sobre los agricultores, de los guerreros, de la casta sacerdotal, de un grupo territorial, de un grupo político, de una confesión religiosa, de una etnia, de una clase social, de un grupo económico, sobre el resto de la sociedad. La hegemonía se convierte en Estado, en poder, en ley, en norma. Su interés es el interés, su valor es el valor, su concepto de hombre es el hombre, su patrón de normalidad es la normalidad. La hegemonía construye máquinas sociales de dominio. No sólo las ciencias naturales permiten la construcción de tecnologías. La filosofía y las ciencias sociales las construyen igualmente. ¿Qué es una constitución sino una gigantesca máquina social de disciplinamiento? ¿Qué es la norma? ¿Qué la escuela? La familia, que pareciera una condición meramente natural, tocada por la cultura, se transforma en máquina de normalización y formación de las nuevas generaciones. Por los caminos de los símbolos, de los ritos y las ceremonias, y apoyada en la ciencia, el pensamiento y la educación

formal, en el libro y en los medios de comunicación, en la conversación y el discurso, la hegemonía extiende sus valores y los hace llegar a los lugares más privados e íntimos, controlando desde el pensamiento y sus formas, que también son paradigmáticas, hasta la subjetividad y la valoración que los hombres tienen de su propio cuerpo, su forma, su sentido, su función, la sexualidad y hasta el vestuario (Foucault, 139-174). Marx clarificó con suma precisión el contenido de clase de la conciencia social de una época, que obra como máquina de dominación sobre los restantes sectores sociales. Foucault abre el abanico y demuestra cómo el poder no es sólo macro al nivel de toda la sociedad, sino que opera también en lo micro, en las instituciones, en los grupos, etc. Por lo tanto, cada grupo, cada institución, cada clase social, tiene en la cultura un campo de combate y de hegemonía. Tal vez la limitación del análisis de Foucault consista en no explicitar las articulaciones de los poderes micro con los poderes macro. La resistencia en un nivel micro, por esta articulación deja de serlo, en pequeño, para convertirse en una resistencia que engloba a toda la sociedad; hoy diríamos que a todo el mundo global. Metodológica y éticamente, esta aseveración nos permite al hablar de identidad cultural o de identidad nacional o regional, preguntarnos por los constructores de esa identidad, es decir, por quienes construyeron esa identidad como máquina de poder y disciplinamiento.

El lenguaje, por su lado, no es sólo una conjunción de signos y significados. Es cultura, es hegemonía. Cuando Antonio de Nebrija en 1492 le presentó la gramática castellana a la reina Isabel la Católica, ésta le preguntó por su utilidad y el humanista

La hegemonía se convierte en Estado, en poder, en ley, en norma. Su interés es el interés, su valor es el valor, su concepto de hombre es el hombre, su patrón de normalidad es la normalidad.

español le respondió que, cuando la reina extendiera sus dominios, todos sus nuevos vasallos se verían obligados a hablar el castellano y a estudiar su libro. ¿Qué decir, entonces, en la sociedad de hoy, cuando los aparatos estatales son ultraeficaces, los medios del gobierno global (Stiglitz, 27-48), superdesarrollados, la educación se ha refinado y generalizado y se apresta por presión del Banco Mundial a adoptar el modelo de la eficacia empresarial, y cuando la persuasión de los medios masivos (radio, televisión) y ahora la internet, penetran hasta las habitaciones ejerciendo su seductor estilo aculturador? Podríamos afirmar que para el cercano futuro ya no será necesaria una Inquisición. La “sociedad educadora” a través de la escuela altamente tecnologizada y de los medios, ganará para su causa, la causa de la hegemonía, voluntariamente y con alegría, las conciencias de los ciudadanos. Los maestros convertidos en ingenieros de conducta irán modificando sutilmente las conductas, los valores y las cosmovisiones de sus discípulos. El mayor peligro para el sujeto, para la libertad, para el hombre, para el humanismo, el socialismo y la diversidad cultural, será en el inmediato devenir una escuela al servicio de la hegemonía del capitalismo global neoliberal. Por ello Santiago Castro, del grupo Pensar de la Universidad Javeriana, en un bellissimo texto titulado *Althusser, los estudios culturales y el concepto de ideología*, leído en la red, nos recuerda que detrás de la cultura se encuentra la economía política.

En las actuales circunstancias el sujeto (no nos referimos al sujeto moderno ya sepultado por Marx, Nietzsche, Freud y Foucault, sino al individuo en toda su capacidad de

resistencia y autonomía) toma un nuevo significado: sepultado por los ismos de la política, desestructurado por el incontenible desarrollo del capitalismo y alienado por éste y por los medios masivos de comunicación, coaccionado y disciplinado por las máquinas de poder, su defensa está indisolublemente ligada a lo social. Solo los sujetos autónomos, en el más radical sentido nietzscheano y foucaultiano, pueden estar en capacidad de aunar voluntades y hacer resistencia. La defensa de la diversidad individual y social cultural se convierte también en defensa de la diversidad humana y en resistencia al pensamiento único, a la vez que en promesa hacia el futuro. Pero la más radical de las defensas consiste en la democratización radical del sistema escolar, de los medios de comunicación, la información y el acceso a la informática.

BIBLIOGRAFÍA

- CORTINA, Adela (1996). *Ética mínima. Introducción a la filosofía práctica*. Madrid: Técnos.
- DÍAZ DÍAZ, Fernando (1974). *Historia Documental de Colombia, siglos XVI, XVII y XVIII*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- FOUCAULT, Michel (1998). *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXI.
- GEERTZ, Clifford (1984). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- HABERMAS, Jürgen (1989). *Identidades nacionales y postnacionales*. Madrid: Técnos.
- HUNTINGTON, Samuel P. (1996). *El Choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona: Piados.

- LAS CASAS, Bartolomé de (1982). *Del único modo de atraer a todos los pueblos a la verdadera religión*. México: Fondo de Cultura Económica.
- MARX, Carlos (1977). *Manuscritos de 1844*. Bogotá: Arca de Noe.
- (1969). *Manifiesto del Partido Comunista*. En Marx, Engels, *Obras completas en un tomo*, Moscú: Progreso.
- MORIN, Edgar (2001). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Bogotá: Cooperativa editorial magisterio, UNESCO.
- OCAMPO LÓPEZ, Javier (1980). *El proceso ideológico de la emancipación en Colombia: las ideas de génesis, independencia, futuro e integración en los orígenes de Colombia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Colección de Historia Viva No 14.
- PÉREZ TAPIAS, José Antonio (1995). *Filosofía y crítica de la cultura*. Madrid: Trotta.
- PLÁ, Rafael. *Cultura y nación*. Apuntes para situar el problema de la identidad cultural latinoamericana. En: Colectivo de autores. *Pensamiento español y latinoamericano contemporáneo*. Santa Clara, Cuba: Editorial Feijoo, Universidad Central de las Villas.
- ROJAS OSORIO, Carlos J (1995). *Foucault y el pensamiento contemporáneo*. San Juan, Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico.
- ROUX, Rodolfo Ramón de (1998). *Cómo se legitima una conquista*. Bogotá: Nueva América.
- SOUZA SANTOS, Boaventura de. "Hacia una concepción multicultural de los derechos humanos". En: *Análisis político*. Santafé de Bogotá: IEPRI-Universidad Nacional, No 31, mayo-agosto de 1997.
- STIGLITZ, Joseph (2002). *El malestar en la globalización*. Madrid: Taurus.
- VYGOTSKI, L. S. (1979) *El desarrollo de los procesos psicológicos superiores*. Barcelona: Crítica.